



Lección 356

La enfermedad no es sino otro nombre para el pecado.

La curación no es sino otro nombre para Dios.

El milagro es, por lo tanto, una invocación que se le hace a Él.

Comentario de Sarah:

Es tranquilizador que nos digan que cualquier llamada que hagamos a Dios será atendida. **“No importa dónde esté, cuál parezca ser su problema o en qué crea haberse convertido.”** (L.356.1.2) No es cuestión de lo dignos que nos sintamos, ni de cuánta culpa tengamos en la mente. La respuesta de Dios ya está dada. Está disponible ahora. No es necesario que limpiemos nuestros actos. ¿Cómo podría Su respuesta no estar disponible ahora cuando ya tenemos todos Sus dones en la mente recta? Ya tenemos todo lo que hemos pedido. Y todo lo que hemos pedido, no importa lo que parezca, es paz, dicha y felicidad. Todo está dentro de nosotros ahora. No hemos cambiado, no importa cómo nos sintamos. Su respuesta es un milagro que refleja Su Amor por nosotros. El milagro es un recordatorio de la verdad de lo que somos. Mientras seguimos nuestro camino, tratando de resolver las cosas, Él ya ha resuelto todo por nosotros. Sólo necesitamos hacernos a un lado con confianza y ser guiados por el Amor en lugar de por la voz del ego.

A veces, tenemos un problema específico, e invocamos a Dios por Su ayuda, pero muy a menudo ya hemos decidido cuál debe ser la solución a nuestro problema específico, y le pedimos a Dios que nos entregue esa solución que ya hemos determinado que arreglará nuestro problema como si ya lo supiéramos. Pero, ¿sabemos realmente cuál es el verdadero problema? Jesús nos recuerda que todos nuestros problemas provienen de las falsas creencias que tenemos en la mente. A partir de estas falsas creencias, tomamos decisiones que no nos sirven. Creemos que entendemos lo que necesitamos. Se me ha pinchado una rueda en la autopista y voy a llegar tarde a mi cita, así que ahora creo que conozco el problema. Me parece obvio, así que pido que alguien venga y me lo arregle. O puedo llamar a Dios, preguntándole por qué me está pasando esto y exigirle que haga algo. O pienso que mi problema es que llegaré tarde a mi cita. Ninguno de estos pensamientos es cierto. Mi único problema es que creo que sé algo. El único problema es que bloqueamos la paz en nuestro interior con pensamientos sobre lo que sucede fuera de nosotros. Pedir ayuda de verdad es pedir aceptar la situación tal como es. Es pedir ayuda para reconocer que no sabemos para qué sirve todo esto. Es pedir ver la situación como Dios quiere que la veamos. Es pedir que se haga Su Voluntad y que recordemos la verdad de lo que somos, para poder atender la situación en paz. No tenemos ni idea de para qué sirve nada. No sabemos lo que nos conviene.

Nuestra parte es mirar cómo bloqueamos Su amor. Ese es el único problema real que tenemos. No confiamos en Su respuesta porque creemos que requiere sacrificio de nuestra parte. No queremos sacrificar nuestros pensamientos y opiniones sobre lo que pensamos que es el problema. Creemos que sabemos, y el que cree que sabe algo es el falso yo. Defendemos este yo, creyendo que es lo que somos.

Así, nos defendemos contra Su Amor. **“Es fácil entender las razones por las que no le pides al Espíritu Santo que resuelva todos tus problemas por ti. Para Él no es más difícil resolver unos que otros. Todos los problemas son iguales para Él, puesto que cada uno se resuelve de la misma manera y con el mismo enfoque. Los aspectos que necesitan solución no cambian, sea cual sea la forma que el problema parezca adoptar. Un problema puede manifestarse de muchas maneras, y lo hará mientras el problema persista. De nada sirve intentar resolverlo de una manera especial. Se presentará una y otra vez hasta que haya sido resuelto definitivamente y ya no vuelva a surgir en ninguna forma. Sólo entonces te habrás liberado de él.”** (T.26.II.1.1-8)

Su respuesta es un milagro que cambia nuestra percepción de una mentalidad errónea a una percepción sanada, y con ella viene otro paso en la confianza. Confiamos en la perfección de lo que aparece. Cuando nos quitamos de en medio, reconocemos cada vez más que todo está perfectamente dado. Todo es un aula de aprendizaje para recordar la verdad de lo que somos y para deshacer nuestras mentes equivocadas.

Sólo tenemos un problema y es la creencia de que somos culpables y de que hemos hecho algo terriblemente malo. Es la creencia en el yo que pensamos que somos. Creemos que estamos solos en el mundo y que hacemos todo lo posible para defendernos de las contingencias que nos acechan. No confiamos en la beneficencia de la Presencia Amorosa en nuestra mente que ya ha resuelto todos los problemas que creemos tener. En la película Un Cuento de Navidad, Ebenezer Scrooge fue confrontado por los fantasmas de las Navidades pasadas, presentes y futuras, y en un instante, vio cómo sus hábitos carentes de amor le crearon una vida de miseria. En ese mismo instante, fue capaz de cambiar de mentalidad y optar por sustituir sus hábitos de falta de amor por la compasión y la bondad. Es una elección que todos podemos hacer. No podemos seguir concentrándonos en pensamientos poco amorosos y ser receptivos a la bondad de Dios al mismo tiempo. Es una cosa o la otra.

Cuando elegimos sanar la mente en lugar de centrarnos en cómo arreglar y controlar las cosas en la ilusión, llegamos a reconocer la perfección de todo lo que aparece. Nos abrimos a Su guía en lugar de a nuestro propio pensamiento limitado. Elegimos rendirnos y confiar en que todo se da cuando nos hacemos a un lado y recordamos que no sabemos lo que más nos conviene. Jesús nos dice: **“Los bebés gritan de rabia cuando se les quita un cuchillo o unas tijeras, a pesar de que, si no se hiciese, podrían lastimarse.”** (T.4.II.5.2) (ACIM OE T.4.III.28) Somos como esos bebés. Creemos saber lo que queremos y necesitamos para ser felices, pero el Amor no nos dará lo que nos hará daño. Cuando pedimos lo que nos hará daño, no nos será entregado por el Amor.

Estamos llamados a recordar que somos Un solo Ser, Uno con Dios y Uno con todos nuestros hermanos. Jesús apela a nuestra necesidad de sentirnos mejor en lugar de seguir experimentando el dolor y el sufrimiento que padecemos. No hay diferencia entre la acogida que damos a un hermano y nuestra aceptación del amor de Dios por nosotros. Podemos pensar que amamos a Dios y tener ira hacia un hermano, pero todo es lo mismo. No existe tal cosa como yo, Dios y mis hermanos, ya que todos somos Uno. La ira contra nuestro hermano proviene de nuestra creencia de que somos indignos del amor de Dios. Cuando tenemos ira en nosotros, eso es lo que le damos a nuestro hermano y lo que recibimos para nosotros mismos.

Cuando traemos nuestros pensamientos no amorosos sobre nosotros mismos, o sobre los demás, y todas nuestras preocupaciones, miedos e inquietudes a la luz sanadora del Amor, se hace espacio para

que resplandezca el milagro. Experimentamos nuestra Unicidad con todos nuestros hermanos cuando llevamos nuestro dolor al Espíritu Santo y aceptamos el milagro.

La enfermedad refleja la culpa en nuestras mentes, pero la condición del cuerpo no es lo que importa en última instancia. Es en la curación de la mente donde reside la salud. Mientras sigamos creyendo en la realidad del cuerpo, experimentaremos el envejecimiento, la enfermedad y la muerte. Mientras sigamos llevando una pesada carga de culpa, no nos daremos cuenta de que somos los gloriosos y grandiosos seres iluminados que Jesús nos asegura que somos. Él nos recuerda a diario que no hemos logrado sustituir la falsa imagen de nosotros mismos por lo que realmente somos.

Nuestra creencia en la indignidad mantiene alejada de nuestra conciencia la verdad de que somos **“plenos, sanos e íntegros, resplandecientes en el reflejo de Su Amor.”** (W.PII.Q14.1.1) No experimentamos la mente como una pizarra limpia sin errores pasados que oscurezcan el reflejo de la inocencia, que es nuestra herencia natural y lo que realmente somos. Intentamos ser amorosos, pero atacamos, nos enfadamos, nos preocupamos y juzgamos. Básicamente, nos sentimos pecadores y, por tanto, indignos de amor. Todas las lágrimas que derramamos por cualquier angustia aparente que sentimos provienen de la profunda pena que sentimos como resultado de la creencia de que hemos perdido para siempre nuestra inocencia. Sin embargo, Dios nos asegura: **“Mis brazos están abiertos para el Hijo que amo, quien no comprende que ha sanado, y que sus oraciones jamás han dejado de cantar su gratitud dichosa al unísono con toda la creación, en la santidad del Amor.”** (Canto de oración.3.IV.7.3)

¿Qué quiere decir cuando afirma que la enfermedad no es más que otro nombre para el pecado? No quiere decir que estar enfermo sea un pecado, sólo que la enfermedad es un artificio del ego para mantenernos en la creencia de que lo que somos es un yo separado, que vive en un cuerpo vulnerable, en un mundo que creemos real, y en el que experimentamos la enfermedad y, en última instancia, la muerte. La enfermedad es la forma en que nos atacamos a nosotros mismos debido a la culpa de la mente proyectada en el cuerpo. **“La enfermedad no es sino la ira que se ha descargado contra el cuerpo para que sufra.”** (T.28.VI.5.1) (ACIM OE T.28.VII.58) La enfermedad refuerza nuestra sensación de inadecuación y vulnerabilidad. Para que se produzca la curación, el único trabajo que tenemos que hacer es con nuestros propios pensamientos. La enfermedad no es en absoluto una condición del cuerpo, sino que se trata de la culpa de la mente proyectada sobre el cuerpo. Cuando la mente está curada, el hecho de que el cuerpo esté aparentemente enfermo o sano no es relevante, porque nosotros no somos el cuerpo. Sin embargo, esto no significa que no nos ocupemos de la enfermedad o de nuestro bienestar mientras sigamos creyendo en la realidad del cuerpo.

La razón por la que el pecado y la enfermedad son lo mismo es que así es como la mente del ego intenta demostrar que la ilusión es la verdad. Aunque las formas que adopta la enfermedad son diferentes, el propósito es el mismo, que es mantenernos invertidos en el yo separado. Por lo tanto, lo que necesita sanación es sólo el pensamiento de separación. El Espíritu Santo puede utilizar la enfermedad para un propósito santo, como todo lo demás que hemos hecho. No es útil sentirse culpable por cualquier enfermedad corporal y preocuparse por cómo "manifestamos" esta situación. La curación, cuando se discute en el Curso, no se refiere a la curación de ninguna cosa en particular en forma, sino sólo a la curación de la mente.

“La curación no es sino otro nombre para Dios.” (L.356) Cuando reconozcamos nuestra realidad, sabremos que no hay separación y que, de hecho, nuestra verdadera identidad es Una con Dios. Compartimos la misma naturaleza. Toda curación es sólo un retorno a nuestra Fuente, nuestro

Ser Crístico. Puesto que nuestro Ser es Uno con Dios, toda curación es un retorno a nuestra realidad. Por eso esta Lección dice que Sanación y Dios son sinónimos.

Si creemos en Dios, hablamos con el Espíritu Santo, o consideramos a Jesús como parte de este proceso, no importa, ya que todos son símbolos de la santidad en nuestras mentes rectas. Lo que importa es traer cada pensamiento no amoroso a este Símbolo de la mente recta, hacer de cada encuentro un encuentro sanador y santo, ofrecer perdón, seguir la guía, rendirse y liberarse de los resentimientos. Cuando lo hacemos, el Amor está ahí. La Fuente está ahí.

Como nos recuerdan las palabras de este Curso: **“Una teología universal es imposible, mientras que una experiencia universal no sólo es posible sino necesaria.”** (Aclaración de términos.IN.2.5) En otras palabras, este Curso no es un ejercicio intelectual. Se trata de la aplicación, para que podamos tener una experiencia del milagro y, con cada experiencia, nuestra confianza crezca y se expanda. Reconocemos y aceptamos cada vez más cuánto somos amados de verdad. No necesitamos intentar controlar los acontecimientos de nuestras vidas porque nuestros esfuerzos nunca serán tan grandes como los Suyos. **“¿Quién trataría de volar con las minúsculas alas de un gorrión, cuando se le ha dado el formidable poder de un águila?”** (Manual para el Maestro.4.I.2.2) Hacerlo es realmente una locura.

Se nos ha dado este Curso como una escalera de regreso a Dios. Las palabras sólo apuntan a la verdad. Las palabras no son el centro de nuestro aprendizaje, así que no nos quedemos atascados en la belleza de las palabras. Lo que señalan es lo importante. La metafísica de este Curso es ciertamente útil. Sin embargo, no están pensadas sólo para la comprensión intelectual, sino para motivarnos a perdonar. Al aplicar estas enseñanzas diariamente a cada situación y evento que se presente donde se desencadenen nuestras emociones, aprendemos el poder de lo que Jesús nos está diciendo. El propósito de estas palabras es dirigirnos a una experiencia de paz y alegría. Es un proceso. Jesús pregunta: **“¿Estás listo ya para ayudarme a salvar el mundo?”**. (C.2.9.1) Cuando decimos que sí, nos comprometemos a realizar la curación. Salvar el mundo significa elegir la paz dentro de nuestra propia mente. Sólo sanando la causa (en la mente) habrá algún cambio en los efectos (en nuestras propias vidas).

No nos lamentemos por el mundo, sino queelijamos cambiar de mentalidad sobre lo que vemos pidiendo al Espíritu Santo que interprete todo lo que percibimos. Significa estar dispuestos a ser humildes, renunciando a la mente que cree saberlo todo. Es vivir en un estado de aceptación e inspiración, reconociendo la perfección de todo lo que aparece en nuestras vidas.

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca